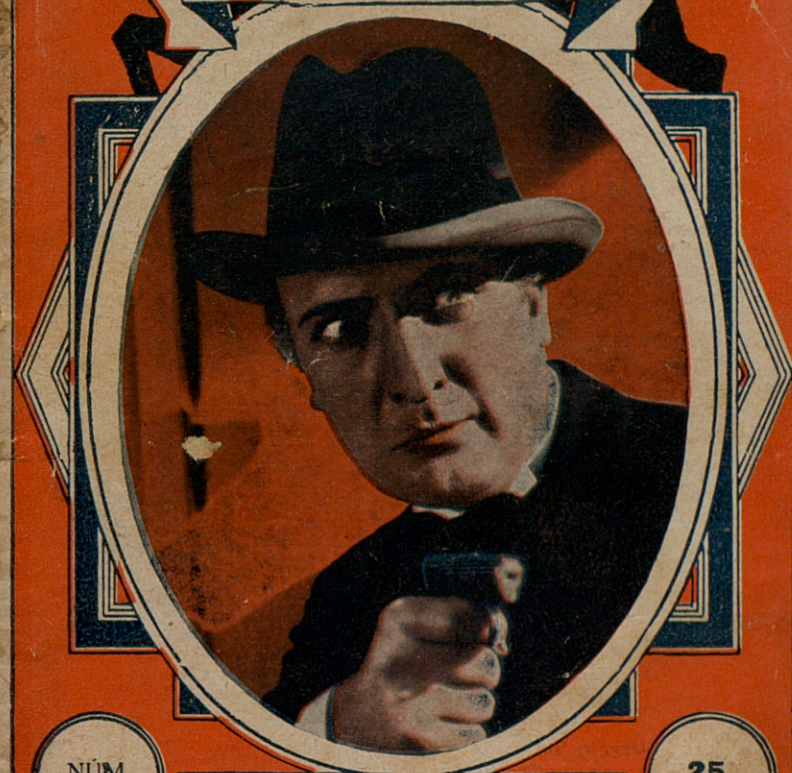


Biblioteca Films

Greifer, entre estafadores de frac



NÚM.
525

Martha Eggerth - Hans Albers

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO X

APARECE LOS MARTES

NÚM 525

Greifer, entre estafadores de frac

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por la gentil artista

MARTHA EGGERTH

Narración de M. NIETO GALÁN

EXCLUSIVAS

IBI-FILMS

Calle Caspe, 26

Barcelona

INTÉRPRETES:

Trude	MARTHA EGGERTH
Hans	HANS ALBERS
Gloria	Marda Maurus

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

BIBLIOTECA FILMS
EDITORIAL
RAMÓN SÁTA VERDADERA
REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Vladivostok 234 - Teléfono 707 - Vladivostok
Soleo (San Francisco de Asís) - Vladivostok
PRIMERA PARTE

En el silencioso nocturno del puerto de Hamburgo una lancha de policía inspeccionaba todo el puerto, cumpliendo su servicio de ronda. En ella iban Martín y Hans, dos buenos camaradas, cuya amistad los había llevado hasta el extremo de vivir en el mismo hogar, de protegerse el uno al otro como si fueran dos hermanos. Pero esta amistad, esta coincidencia de sentimientos no quería decir, sin embargo, que los dos fueran del mismo carácter. Hans era un muchacho de unos treinta años, fuerte, atlético, de rostro simpático y de un impulso decidido, que más bien podía calificarse de temerario.

Después de dar una vuelta por todo el puerto, Hans le propuso a su amigo, indicándole hacia un yate americano que hacía poco que había arribado al puerto y en el que se celebraba aquella noche una gran fiesta.

—¿Quieres que nos acerquemos al yate americano?

—Vamos para allá — repuso Martín—. Después de todo siempre estaremos más distraídos oyendo la música.

Pusieron en marcha el motor y poco después llegaba hasta la borda del barco americano, en el que la fiesta estaba en todo su apogeo.

Era aquel un baile de disfraces y la alegría y el buen humor se manifestaba en cuantos había allí.

Mientras los demás bailaban, un hombre se hallaba reclinado sobre la borda del barco hasta que llegó una mujer y le dijo:

—Brown ha salido del encierro.

—¿Cómo lo sabe?—preguntó el otro individuo.

—Tengo noticias de ello.

Estas palabras fueron dichas tan rápidamente, que bastó el tiempo de cruzar la mujer cerca del hombre para poderlas pronunciar.

Ella era una mujer guapísima, su belleza era excitante y llamaba la atención, principalmente del dueño del yate que no la dejaba un solo instante.

El individuo con quien había hablado, tan pronto desapareció ella, se acercó a una muchacha, casi una chiquilla, de rostro precioso y le entregó un paquetito diciéndole:

—Toma esto y guárdalo... No se lo entregues a nadie hasta que yo te lo pida.

—Está bien — respondió la muchacha guardándose maquinalmente el paquete que le entregaba, sin entretenerse a mirarlo.

Empezaron a continuación los fuegos artificiales en el barco y los dos policías se alejaron de él, hasta que al cabo de unos minutos oyeron un grito y vieron que una lancha había sido abordada por un remolcador. Con la premura que el caso requería se lanzaron en auxilio de los naufragos y gracias al reflector de la lancha policía, descubrieron un cuerpo que luchaba en el agua por mantenerse a flote. Hans, ni corto ni perezoso, sin desnudarse siquiera, se arrojó al agua para extraer al que parecía que se estaba ahogando. Se trataba de una joven, la misma que momentos antes se había hecho cargo del paquete que le entregara el individuo en el yate y que dasmayada, se dejó llevar por Hans hasta el bote donde estaba su compañero.

Martín ayudó a subirla y cuando los dos policías se dedicaban a hacerla recobrar el conocimiento, sigilosamente subió a la lancha el mismo que había entregado el paquete y de un empujón los arrojó al agua. Tan imprevisto había sido aquel ataque, que los dos amigos no se dieron cuenta de él has-

ta que se vieron en el agua y la lancha se puso en marcha.

Nadando a grandes brazadas consiguieron llegar hasta el puerto y a varios hombres que había allí, le preguntaron:

—¿Han visto ustedes si ha desembarcado alguien?

—Sí — le respondieron—. Un hombre y una muchacha. Iban empapados.

—¿Hacia dónde han ido? — preguntó Hans.

—Hacia el circo americano.

—Gracias — replicó Hans, apoderándose de una motocicleta que había allí, diciéndole a su dueño:

—Vaya mañana a la comisaría a recogerla.

Puso en marcha la máquina y se lanzó a todo velocidad en pos del auto en el que iban los dos fugitivos.

Al cabo de diez minutos se encontró con un compañero y le preguntó:

—¿Has visto pasar por aquí un auto con un hombre y una muchacha?

—Por allí se han ido — le respondió su compañero.

Hans siguió la pista que le indicaba y no tardó en ver al coche que corría hacia el circo americano.

Mas antes de que pudiera ver la cara de los dos ocupantes, ni distinguir nada de

ellos, el auto hizo sonar la bocina, se abrieron las puertas del circo y el coche entró dentro, cerrándose tras él las puertas.

El policía descendió de la moto, miró por todas partes y vio una pequeña puerta, en cuya parte había un letrero que decía:

"ENTRADA DEL PERSONAL"

Una vez en poder de todos estos datos, se dirigió hacia la comisaría para dar cuenta de lo que le había ocurrido y al mismo tiempo para inquirir si se había desarrollado algún suceso que tuviese relación con aquella huída.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

**Precio
UNA pa.**

SEGUNDA PARTE

Cuando llegó a la comisaría, advirtió una concurrencia extraordinaria. Allí estaban congregados todos los invitados a la fiesta del yate americano, propiedad de un tal Peterson.

En el yate había sido robado a una de las invitadas un magnífico collar de perlas y cuantos se hallaban en el barco habían sido previamente registrados por la policía, sin que el registro hubiera dado resultado alguno. Las mujeres habían sido cacheadas por un policía femenino llamada Schonoltz, la cual se creía una nueva Sherlock Holmes, pero a pesar de la sagacidad de que ella hacía alarde, nada pudieron sacar en claro.

Cuando se fué toda aquella gente, el comisario reparó en el estado en que estaba Hans y le preguntó extrañado:

—¿Cómo se encuentra usted así?... ¿Se han caído al agua?

—Nos han tirado—respondió sonriendo el policía, refiriéndole a continuación cuan-

to había ocurrido aquella noche y la fuga de los que ellos pretendían salvar.

—¿Y qué piensa usted de todo esto?—le preguntó el comisario.

—Creo—respondió Hans—, que todo ello está relacionado con el robo del collar.

—¿Y vió usted a los que huían—preguntó el comisario.

—No pude ver el rostro de ninguno—contestó el policía—. La muchacha tenía el cabello echado sobre la cara y apenas si la pude ver, pero creo que si la volviera a encontrar en igual forma, me sería fácil reconocerla.

—Pues dedique usted a eso, ¡a ver si saca algo en claro!

—Desde luego, me dedicaré — replicó Hans—. Es un asunto que ha picado mi curiosidad y no lo dejaré de la mano.

—Ese asunto es de mi incumbencia—protestó Schonoltz—. Yo soy la policía femenina.

Hans se la quedó mirando y al ver el aspecto ridículo de aquella mujer, exclamó bromeando:

—¡Ah!, ¿pero usted es femenina?

Ella se le quedó mirando, como si le quisiera asesinar con la mirada y Hans salió riendo de la comisaría para dedicarse a descubrir al causante de aquel robo.

A la mañana siguiente, esperaban la lle-



Hans, sin desconfiar de él le enseñó su placa de policía.

gada del tal Brown, de quien había hablado la noche antes la misteriosa mujer, ésta, el individuo que entregara el paquete a la otra muchacha y un joven.

Al poco tiempo de esperar, apareció Brown y dirigiéndose a él le dijo:

—Hola, Barrini... ¿Qué tal, Gloria? No es prudente que nos vean juntos... ¿Dónde me hospedo?

Ella le dió la dirección del hotel y Brown cogió un taxi y se dirigió a él.

Poco después, llegaba Gloria y apenas traspuso la puerta se abrazaron amorosamente diciéndole él:

—¡Cuántas ganas tenía ya de verte!... Hace cuatro años que no nos vemos.

Gloria sin hablar lo miraba apasionadamente y nuevamente lo besó con ansia, como si quisiera desquitarse de aquellos cuatro años, que estuvo separada de él.

—La culpa fué de ese Peterson—exclamó Brown—, que me delató a la policía para que me encerrasen... Pero ya estoy libre y se acordará de mí.

—Lo tenemos en nuestras manos—respondió Gloria—. El quiere marcharse mañana a Italia, pero yo le retendré todo el tiempo que sea necesario. Está enamorado de mí y no puede adivinar que su mujer, sea la misma Gloria que te adora—terminó diciendo volviendo otra vez a abrazarlo.

—¿Y a qué va a Italia? — preguntó Brown.

—Pues porque allí trabaja su hija. Es una cantante que ha adquirido alguna celebridad.

—Entonces... ¿Cómo dices que tú conseguirás?...

—Muy fácil—le dijo Gloria—. Entre Barrini y yo hemos encontrado a una muchacha

que se llama Trude, que se parece exactamente a su hija y se la presentaré como tal en un concierto.

—¿Y esa muchacha accede a nuestras pretensiones?—preguntó dudando Brown.

—Ella no sabe nada. Sueña con ser una gran artista y Barrini le ha prometido hacerla célebre, si se deja guiar por él.

Brown abrazó de nuevo a su amante, la besó cariñosamente y le dijo:

—¡Eres admirable, Gloria! Voy a ver a esa muchacha ahora mismo.

Mientras tanto, Hans se había colado por la puerta del personal en el circo y llegó momentos antes de empezar el ensayo. En la pista había varias muchachas, vestidas con mallot y Hans se acercó a ellas diciéndoles alegremente:

—Soy el nuevo clown, que vengo a ensayar con vosotras.

La simpatía del policía pronto se adueñó de las jóvenes y él, mientras tanto, se dedicó a bromear con ella, pero haciéndoles caer el pelo de todas sobre la cara, para ver si entre ellas estaba la que él salvó la noche anterior.

Cuando más engreído estaba en esta operación, apareció Barrini y encarándose con él, le dijo:

—¿Qué hace usted?... ¿Con qué permiso ha entrado usted a mi circo?

Hans, sin desconfiar de él, le enseñó su placa de policía y le refirió lo que le había ocurrido la noche anterior y sus sorpresas de que entre las jóvenes que trabajaban en el circo, estuviera la que él buscaba.

—¡Se equivoca usted, si cree encontrarla aquí!—le dijo con un tono tan descompuesto Barrini, que acusó la desconfianza del policía, quien a su vez le preguntó:

—¿No hay más muchachas aquí?

—No, señor—respondió el director—. Todas las chicas están aquí.

—Entonces me he confundido — respondió Hans—. Me mareo y en paz.

Barrini, cuando lo vio salir, se fué a su despacho, en el que lo esperaba Trude, la misma jovencita a quien él le había entregado el paquete la noche antes y le dijo:

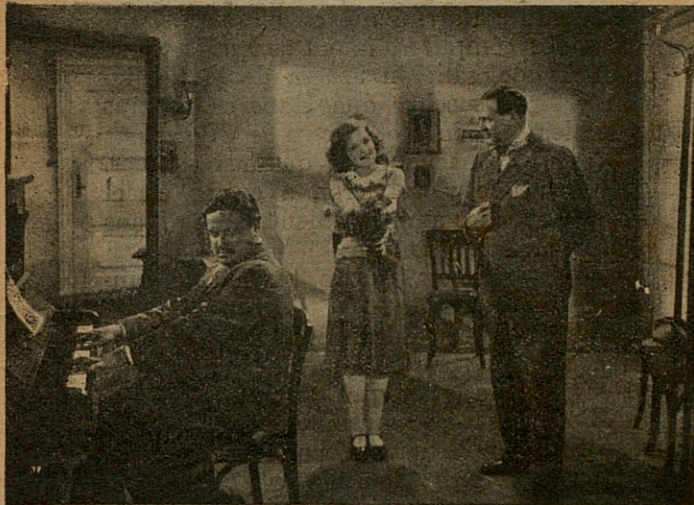
—Ya ha llegado ese empresario americano de que te hablé y le he hablado de ti.

—Usted cree que me contratará?—preguntó emocionada la muchacha.

—Ya lo creo — le respondió Barrini, poniéndose ante el piano—. Ah, una cosa que se me había olvidado decirte. No digas nada de lo de anoche, podía perjudicar tu carrera.

—Descuide usted — le aseguró la muchacha.

Poco después entraba Brown y Barrini se la presentaba diciéndole:



Barrini tocó al piano una canzoneta y la muchacha la cantó...

—Esta es la señorita Trude, de quien le he hablado... ¿Quiere usted oírla cantar?

Barrini tocó el piano una canzoneta y la muchacha la cantó con un gusto exquisito.

—Muy bien, muy bien—exclamó Brown.

—Desde luego es la mujer que nos conviene. No tengo inconveniente en contratarla y presentarla en Nueva York, como a una gran "estrella".

Trude no cabía en sí de gozo. Se vería ya

aclamada por todos los públicos y su reconocimiento a Barrini no tenía límites.

Los dos cómplices, mientras que se arreglaba Trude, salieron afuera de la habitación y sin sospechar que Hans estaba tras la escalera espiándolo, Brown le dijo:

—Esta muchacha es la que necesitamos.

Salió Trude y volvieron a entrar en el despacho los dos amigos, mientras que Hans se acercó a ella y le dijo:

—Hola, preciosa. ¿Eras tú la que cantabas?

Trude se quedó mirando a quien la interrogaba y le respondió:

—Sí, yo era, ¿por qué me lo pregunta?

—Porque cantas admirablemente—le dijo el policía—. Ya suponía que una mujer que canta como tú, tenía que ser muy bonita.

Ella sonrió agradecida y el policía volvió a decirle:

—¿Trabajas en el circo?

—Sí—le dijo ella—, pero pronto me marcharé de él, porque voy a ser contratada.

La muchacha miraba fijamente al policía sintiéndose por la simpatía de aquel hombre y éste a su vez, cada vez más interesado por ella, le dijo:

—¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—No, no puede ser—le dijo ella—. Yo trabajo aquí por la noche.



Hans estaba tras la escalera espiándolo.

—Bueno, está bien — replicó Hans creyendo comprender las palabras de la joven.

En este momento cruzó por allí Willy, otro artista del circo y que estaba enamorado

de Trude y al verla en compañía de un desconocido, le dijo airadamente:

—¿No sabes que ya es hora de ensayar?

Hans comprendió los celos del artista y se echó a reír, diciéndole a Trude:

—Hasta la noche y dígame a su director que no sea tan mentiroso.

El se refería a la seguridad que le había dado Barrini de que en el circo no trabajaba ninguna mujer más que las que había visto en la pista. No comprendía el interés que podía tener en ocultar a Trude, pero empezó a adivinar de que allí estaba la clave de lo que él buscaba.

Ajenos a la conversación del policía con Trude, Brown y Barrini, encerrados en el despacho de éste sostenían una violenta discusión, en la que Brown le reclama el dinero que le había confiado al ingresar en el presidio.

—No puedo devolvértelo—le dijo Barrini.—He tenido muy malos tiempos y todo lo he perdido. Con lo último que me quedaba monté este circo y procuraré devolvértelo.

—¡Yo no puedo esperar!—exclamó violentamente Brown.—Necesito ese dinero, o sabrás de lo que yo soy sapaz.

Barrini paseó agitadamente por su despacho, hasta que finalmente le dijo:

—No te entregaré el dinero, pero te en-

tregaré un collar de perlas que vale mucho más.

—¿Dónde lo tienes?—preguntó Brown.

—Esta noche lo tendré en mi despacho. Está fuera de aquí, pero ya lo traerá la persona que lo tiene.

—Pues esta noche vendré a buscarlo. No te olvides de él.

Sin embargo, Barrini mentía a su cómplice. La joya estaba ya en su poder, pero quería apurar hasta lo último, con el fin de poder ganar tiempo y ver si Brown desistía de su deseo de cobrar inmediatamente.

No dele de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

TERCERA PARTE

Aquella noche, Schonoltz, ridiculamente disfrazada fué a la casa de huéspedes donde se hospeda Trude, siguiendo una pista, que había descubierto y le dijo a la patrona, después de entregarle unos cuantos marcos:

—¿Sabe usted si vive aquí una tal Trude?

—En efecto, aquí vive—respondió la patrona.

Pues yo vengo recomendada a ella, porque soy artista también. La esperaré a que vuelva.

Se sentó tranquilamente y en cuanto quedó sola, empezó a rebuscar por toda la habitación, hasta que oyó que abrían la puerta y vió entrar a Trude, que le preguntó extrañada.

—¿Qué hace usted aquí?

—Yo soy artista—le dijo la otra amablemente—. Me han hablado de usted y he venido a pedirle ayuda.

Se sentó tranquilamente y mientras que la patrona les servía la cena cogió un periódico

y leyó la noticia del robo de collar, diciéndo finalmente:

—Se persigue a una joven de cabellos negros, en quien la policía cree que está la clave de todo este asunto. Por sospechas muy ciertas, se tiene la casi seguridad de que esta muchacha es la ladrona del "collar".

Trude no pudo contenerse. Tuvo miedo de que pudieran descubrirla y ante la extrañeza de la patrona, se fué nuevamente de la casa. Corrió a buscar a su compañero Willy y le confió todo lo que pasaba, diciéndole al fin:

—¿Qué crees que debo hacer, Willy?

El muchacho, que era un hombre honrado a carta cabal y que estaba seguro de la inocencia de su amada, le dijo:

—Debes exigirle a Barrini que te entregue el collar y tú entregarlo a la policía.

—¿Y si no quiere?—preguntó angustiada la muchacha.

—Lo obligas. Es necesario que devuelvas ese collar inmediatamente—insistió Willy.

Trude comprendió que llevaba razón su amigo al aconsejarle de aquella forma y se hizo el propósito de apoderarse del collar fuese como fuese.

Aquella noche, en el circo, Trude se hallaba con Hans. Este, que estaba plenamente enamorado de la muchacha, no la dejaba

ni a sol ni a sombra y la invitó a su mesa, antes de que llegara su número.

Los dos muchachos, cada vez más unidos por su mismo sentimiento amoroso, apenas si se daban cuenta de que el pobre Willy los miraba, sintiendo de él todo el dolor que le producían los celos.

Mientras tanto, Burrini entró en su despacho y abrió un cajón de su mesa donde había un revólver y dejó dentro el rico collar, cerró la llave del cajón y salió para esperar la llegada de Brown. En el circo se había dado descanso y el público lo aprovechaba para montar en los caballos, Hans iba delante de Trude riendo alegremente, pero dándose cuenta de que la muchacha demostraba estar preocupada. Por fin, sin que él se diera cuenta, saltó ella del caballo y corrió al despacho de Barrini, intentó abrir el cajón donde estaba el collar y al verlo cerrado con llave, aprovechó un corta papel para forzarlo y sacar la joya. Tenía esta ya en su poder, cuando oyó que alguien se acercaba y se escondió rápidamente tras la cortina del balcón, que daba a la misma pista, de forma que los que estaban en el circo podían verla y no los que estaban en el despacho.

Se abrió la puerta de éste y entró Barrini y Brown, que le preguntó:

—¿Tienes aquí la joya?

—Sí—respondió Barrini—. Hace un momento que la he dejado en este cajón.

Lo abrió y al ver que no estaba allí el collar, exclamó indignado:

—¡Me han robado!

Brown se echó a reír y le dijo:

—Ya sabes que estas cosas no son para mí. Déjate de tonterías y saca el collar, si es verdad que lo tienes.

—¡Te aseguro que lo he dejado aquí!—volvió a exclamar Barrini, mientras buscaba afanosamente por toda la mesa. Brown lo miraba sonriendo, hasta que por fin le dijo:

—Te doy cinco minutos de tiempo para encontrarlo... Yo esperaré fuera.

Salió del despacho y en aquel instante descubrió Barrini a Trude, cuyos pies se veían por debajo de las cortinas. Indignado, la sacó de allí y le dijo sujetándola brutalmente por las muñecas:

—¡Entrégame el collar, que me has robado!

—Yo no lo tengo—respondió la muchacha, lanzando un grito de dolor.

—Tú, tú has sido quien lo ha robado—siguió diciéndole Barrini—. Si no me lo entregas, no saldrás con vida de aquí.

Ella tenía casi doblada por la cintura y Trude gritaba dolorosamente, cuando se abrió la puerta y entró Willy diciéndole:

—¡Suelte usted a esa mujer!

Barrini soltó a Trude y cogió del cajón un revólver exclamando:

—¡Ahora verás tú lo que hago yo con los que se meten donde no les importa!

Pero antes de que pudiera tirar, Willy se había abalanzado sobre él y luchaba demoníacamente. Barrini continuaba en posesión del revólver y todo el esfuerzo del muchacho era quitarle aquel arma. La lucha se hacía cada instante más desesperante, hasta que por fin sonó un disparo y Barrini cayó al suelo mortalmente herido. Al ruido de la detonación acudieron los artistas, parte del público, Hans y hasta la misma Schonoltz que había acudido aquella noche al circo, para seguir de cerca a Trude. Al ver que había un hombre muerto, Hans echó a correr tras otro que huía sin poder darle alcance, mientras que Schonoltz detenía a Willy responsable de la muerte de Barrini.

Cuando ya todo había pasado, cuando Willy quedó detenido y nadie ya quedó en el circo, Hans volvió a entrar al despacho de Barrini y cogió al proyectil que, después de haber traspasado el cuerpo del director, quedó incrustado en un pie de la mesa.

Aquello podía servirle para identificar al verdadero asesino, ya que no creía que fuese Willy.

Hecho esto se fué en busca de Trude y la acompañó hasta su casa diciéndole:



...incitado por la música se puso a bailar con ella.

—¿Por qué no dejas a esos hombres?... No pienses más en ser artista y déjalos.

—Imposible—le respondió la muchacha.

—Yo no quiero deshacer mi carrera.

El la miró cariñosamente y al ver el estado de nerviosidad en que se hallaba, le dijo:

—Vamos a un café... Estás temblando...

La llevó a un café del puerto y poco después, incitado por la música se puso a bailar con ella, entre todos los demás parroquianos.

Mientras bailaban, fué deslizándose el collar que Trude llevaba oculto en el pecho, hasta que cayó a sus pies con gran sorpresa de Hans, que exclamó:

—¿Es posible que tú seas la ladrona del collar?

Trude bajó la vista avergonzada, mirando fijamente al collar que permanecía en el suelo y que excitó la codicia de uno de los parroquianos, que se abalanzó para apoderarse de él. Hans de un puñetazo lo arrojó contra el suelo, mientras que Trude ganaba la puerta de huida.

Los compañeros del agredido hicieron causa común con él y todos atacaron al policía, pero el dueño del café, que sabía mantener a raya todos aquellos hombres, al darse cuenta de que Hans era un policía, quiso congratularse con él y lo ayudó hasta ponerlo a salvo.

Hans con el collar en su poder, regresó a su casa y se encontró en ella a Martín, a quien le dijo:

—Mira lo que me he encontrado.

—¡El collar!—exclamó asombrado Martín—. ¿Has logrado descubrir al ladrón?

—Todavía no, pero no tardará en caer en mis manos. Estoy seguro de que ese Peterson es tan bandido como todos los que forman esta banda, incluyendo a su mujer.

—¿Crees tú que la mujer de Peterson es

también una estafadora?—preguntó Martín.

—Sí—respondió Hans—. Son todos unos estafadores de frac, pero ya daré cuenta de ellos.

Se levantó rápidamente como atacado por un repentino pensamiento y exclamó:

—Espérame—. Voy a entregar el collar y en seguida vuelvo. He olvidado algo.

Se fué a la comisaría a depositar la joya e inmediatamente corrió a casa de Trude para buscarla.

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

HA PUESTO A LA VENTA

S. O. S. ICEBERG

La más sensacional novela de fantásticas aventuras y exploraciones al Polo Artico, de inusitada emotividad. Los trabajos para la realización de esta obra se han realizado bajo los auspicios del gobierno de Dinamarca y la guía del famoso explorador polar Dr. Knud Rasmussen que toma parte en la historia.

Precio UNA peseta.

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

CUARTA PARTE

Gloria había convencido a su marido, que su hija llegaría a Hamburgo de un día a otro y que la muchacha quería gastarle una sorpresa y era la de presentarse a él con motivo de un concierto que se celebraría en el mismo hotel.

—¿Entonces tendré que hacer como quien no sabe nada? — preguntó sonriendo Peterson.

—Eso mismo. La pobre está tan entusiasmada con esta idea, que sería un lástima no seguir la broma.

—Pues por mí la seguiremos—le dijo el esposo.

Aquella misma noche era la señalada para el concierto y por ello, en casa de Trude, Brown esperaba su vuelta, para llevársela al hotel. Cuando llegó la muchacha, le hizo ver la urgencia de la partida y Trude, sin la menor sospecha se fué con él al hotel, donde aquella noche había de dar el con-



Hans, de un puñetazo lo arrojó contra el suelo.

cierto y partir inmediatamente para América.

La idea de llegar a ser una gran estrella, la tenía tan entusiasmada que ni siquiera pudo sospechar lo que trataban de hacer de ella. Además quería huir de allí, después de la escena tenida con Hans. Le daba vergüenza ante él y esto fué lo que la obligó a recomendarle a su patrona que no dijese a nadie el sitio donde se hallaba.

Cuando Hans llegó y preguntó por ella, la patrona le negó dónde había ido y al fin, comprendiendo Hans que nada sacaría de aquella mujer, llamó al número del teléfono del hotel, preguntando:

—¿Quiere decirme si está ahí el señor Brown?

Ahora le pondré con sus habitaciones—le respondieron desde el hotel.

En la cara que puso la patrona, adivinó Hans que había acertado con el paradero de la muchacha y apenas se puso al habla con Gloria, que fué la que acudió al teléfono, advirtió que cortaban la comunicación.

Sin darle ninguna explicación a la patrona, corrió al hotel, con el deseo de librar a Trude de las garras de aquellos criminales.

La muchacha, acompañada de Gloria, se probaba en aquellos momentos los vestidos que la esposa de Peterson le había traído y ésta le decía:

—¡Está usted maravillosa!... ¡Causará usted una sensación esta noche!

—No se preocupe y piense que yo estaré allí para animarla.

La dejó sola y salió al hall, donde la esperaba su marido, para dirigirse al salón de concierto.

Segundos después apareció Hans y al verlo Trude, exclamó:

—¿Qué quiere usted?... ¿Por qué ha venido?

—Porque quiero librarte de toda esa gente.

—Usted lo que quiere es deshacer mi carrera—le dijo ella.

—No seas tonta, Trude — le dijo él. —No ves que toda esa gente son unos miserables que quieren aprovecharse de tu inocencia? Hazme caso y huye de aquí.

Había tanta sinceridad en aquellas palabras que Trude no dudó ya y abrazándose a él, le dijo:

—Sí, vámonos en seguida.

—Ahora—le dijo Hans—. Trabaja esta noche y piensa que yo estaré vigilando por ti.

Volvió a salir del hotel, para cambiarse de traje y poder asistir al concierto y mientras se hallaba solo en su casa, llegó Gloria, que disimuladamente había salido del hotel, al verlo le dijo:

—Vengo a ofrecerle a usted una recompensa por haber encontrado el collar.

—Lo agradezco, señora—respondió seriamente Hans—, pero no puedo admitirla.

—Sin embargo, mi marido lo espera a usted en el yate y quiere hablar con usted. Me ha confiado esta misión, porque una mujer siempre encuentra el medio de convencer a un hombre, sobre todo si este hombre es joven y... simpático,

Hans comprendió el juego de Gloria y se negó nuevamente diciéndole:

—Le ruego me disculpe ante su marido y le diga que ya tendré el "gusto" de hablar con él.

Gloria hizo ademán de salir y al llegar a la puerta disparó contra Hans que cayó al suelo rápidamente.

Pero poco después entró Martín y al ver que su amigo estaba tendido en el suelo, lo examinó rápidamente y pudo comprobar que no sufría la menor herida. El disparo que había hecho Gloria era de gases y tardó poco tiempo en recobrar otra vez el conocimiento el policía.

Rápidamente se trasladó al hotel, en ocasión que Trude estaba ya cantando y vio a Gloria sentada junto a su esposo.

El se dedicó a inspeccionar el equipaje que Brown había mandado preparar y advirtió que uno de su baúles estaba completamente vacío. No dejó aquello, pero no obstante, siguió en su puesto de observación, para defender a Trude en caso necesario.

Peterson, al ver a la joven, comprendió que ésta no era hija y le dijo a su esposa:

—Esta mujer no es mi hija... Es una impostora.

—¿Está seguro?—le preguntó Gloria.

—Claro que sí—exclamó Peterson—. ¿No voy a conocer a mi hija?

—Pues será alguna aventurera. Debes ir a su cuarto y esperarla para ver por qué se hace pasar por tu hija.

Peterson siguió el consejo de su mujer y al entrar en el cuarto de Trude, quedó sorprendido por la presencia de Brown, que rápidamente cerró la puerta diciéndole:

—¡Por fin, nos vamos a ver las caras!

—¡Esto ha sido una trampa!—exclamó alarmado Peterson.

—La misma que tú empleaste para hacerme caer en manos de la policía—respondió Brown.

Peterson, viéndose perdido hizo ademán de sacar su pistola y antes de que pudiera disparar, Brown hizo fuego sobre él. Peterson disparó también y segundos después, el ruido de las detonaciones atrajo al cuarto a la policía y a dos empleados del mismo.

Allí estaba Peterson, que demostrando una nerviosidad, decía:

—Han querido secuestrarme y he tenido que hacer fuego sobre el bandido que ha huído.

Hans entró también y se quedó mirando fijamente a Peterson, al mismo tiempo que sonreía sin creer lo del secuestro. Salió al hall y preguntó al "maitre" del hotel:

—¿Está el señor Brown?

—Acaba de salir de viaje, con su señora.

Hans, convencido de haber encontrado la

pista corrió al yate de Peterson y entró en el camarote de el dueño, diciéndole:

—Vengo a detenerlo, Brown.

—Yo soy Peterson—exclamó éste. Pero el policía le arrancó la caracterización, al mismo tiempo que el bandido se arrojaba al agua, para ponerse a salvo.

Mientras duraba la persecución de éste, en el hotel habían encontrado el cadáver de Peterson encerrado en uno de los baúles y cuando por fin Brown fué detenido y conducido a la comisaría, Trude y Hans, celebraban el triunfo policiaco, con el triunfo del amor que los unía.

FIN

BIBLIOTECA UTIL

YA ESTA A LA VENIA

Arte de embellecer

por la doctora

Inés Cotors (Fanny)

^{del}
Instituto de Belleza de París

MASAJE - HIGIENE
BAÑOS - DEPILACIÓN
MANICURA - AFEITES
TINTES

UNA peseta tomo

Señorita!!

¿Quiere usted perfeccionarse en la difícil
tarea de

El arte culinario

No deje de pedir este tratado
antes de que se agote.

Contiene más de **200 fórmulas**
de platos succulentos y escogidos

PONCHES - COCTELES
POSTRES - HELADOS, etc.

Precio popular
UNA peseta

recopilación de

Dionisio Fernández Vidales

"chef" del Majestic Hotel